



Transfiguración

Domingo 2 de Cuaresma

Lucas 9, 28b-36: *Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió*

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Y sucedió que, al separarse ellos de él, dijo Pedro a Jesús: Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías, sin saber lo que decía. Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor. Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle. Y cuando la voz hubo sonado, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

Reflexión

Hoy la Iglesia nos presenta el suceso de la transfiguración del Señor. Parece que al inicio de este tiempo de Cuaresma, la Iglesia quiere animarnos y fortalecernos con esta manifestación de la gloria de Jesús. Quiere prepararnos para los momentos de dolor, de pasión y muerte de Él.

Creo que también en nuestra propia experiencia, las horas de Tabor están muy cerca de las horas de Calvario. La gloria y el sufrimiento son, por lo general, inseparables en nuestras vidas.

Esa misma experiencia marcó también la vida de los apóstoles. Pedro, Santiago y Juan - nos indica el Evangelio de hoy - están con Él en su transfiguración. Y son los mismos tres apóstoles que, poco después, acompañarán a Jesús en el huerto de Getsemaní.

En el Tabor, frente a la figura de Cristo llena de luz, se quedan deslumbrados y radiantes de gozo. En Getsemaní, ante la figura de Cristo empapada en sangre, en su oración angustiada, quedan trastornados por el miedo, por el escándalo y por el sueño.

Y es el mismo Pedro el que en el Tabor exclama: “Qué bien estamos aquí. Hagamos tres chozas”. Y el que poco después protestara: “Te lo juro. No conozco a ese hombre”.

El rostro de Cristo transfigurado los entusiasma, los satisface, porque entra dentro de sus perspectivas, sus sueños y sus aspiraciones. Pero el rostro de Cristo humillado, sufriendo, coronado de espinas, les asusta, les llena de miedo, los escandaliza. No lo reconocen. No entra dentro de sus esperanzas

Cuando uno se encuentra con Cristo y se decide a seguirlo se enfrenta con una aventura llena de riesgos, de imprevistos, de hechos desconcertantes. Jesús no nos garantiza una permanencia prolongada sobre el Tabor. Es verdad, Él puede llevarnos consigo mucho más alto todavía, puede regalarnos momentos de felicidad inmensa.

Pero también puede llamarnos a que vigilemos con Él en interminables noches de angustia, de dudas, de oscuridad. Cuando parece que todo se va a hundir, cuando parece que nuestro mundo se viene abajo. Nos sentimos invadidos por el desánimo, por un sentido de inutilidad de nuestra vida y de nuestra actividad.

Sin embargo, es este justamente el punto decisivo de nuestra vida cristiana. Se trata de que no desertemos. Se trata de que nos quedemos clavados junto a Cristo, aún cuando su rostro es poco atrayente, incluso cuando nos da la impresión de que Él no está allí.

Hemos de saber decir, tanto en el Tabor como en Getsemaní: “Sí, conozco a ese hombre”. Hemos de reconocer su presencia aun cuando sea una presencia incomoda, comprometedora, aún cuando no haga más que desmentir nuestras más legítimas esperanzas.

Hermanos, quisiera llamar su atención sobre otro aspecto. Las horas de Tabor no sólo contrastan con las horas de Getsemaní. Sino se elevan también muy por encima de la vida cotidiana, tal como el monte Tabor se eleva por encima de la llanura. Y sabemos que los momentos de Tabor no perduran, no son eternos, se acaban demasiado pronto.

También Jesús y sus apóstoles tuvieron que bajar del monte. Y allí abajo se encontraron inmediatamente sumergidos en la vida de cada día: miserias, sufrimientos, mezquindades. El que ha estado en la montaña, cuando vuelve abajo, siente como se le estrecha el corazón y experimenta una sensación de ahogo. Todo le parece tan pequeño, tan vulgar en comparación con las cosas que ha saboreado allá arriba.

Es ese también nuestro drama. De la contemplación hay que bajar a la vida cotidiana. Cuando se ha estado con el Señor, sobre el Tabor, se hace difícil soportar de nuevo el mundo y a los hombres con sus pequeñeces, sus tensiones, sus superficialidades.

El ideal que hemos sentido tan elevado, tan fascinante, lo vemos ahora encarnado en una realidad pequeña y pobre.

Y entonces nos viene, sutilmente, la tentación de ceder, de adaptarnos, de arrojar las armas. En esos momentos, sólo los hombres verdaderamente grandes permanecen

fieles. Ellos guardan, en medio de la oscuridad de la llanura, una llama de aquella luz que han contemplado en las alturas.

Se trata de contraponer la luz a las tinieblas, la grandeza a la mediocridad, la generosidad a la mezquindad, el amor al odio, el interés a la indiferencia.

Se trata de una lucha que, en ciertos momentos, parece perdida. Tan duras son las cosas y las situaciones a las que intentamos oponernos. Pero será la paciencia y la fidelidad que nos llevarán al éxito. Nos daremos cuenta de que un poco de luz ha logrado superar las sombras.

Queridos hermanos, Jesús nos ha asegurado que una fe tan pequeña como un grano de mostaza es capaz de mover las montañas. Y es así como el Tabor, gracias a nosotros, puede avanzar un poco en la llanura. Es así como Jesús va transformando, poco a poco, nuestro mundo.

Ojalá aprovechemos todos nosotros este tiempo de Cuaresma, para poder llegar a la Pascua transformados, hombres nuevos en Cristo. Que nuestra Madre y Reina, desde su Santuario, nos conceda esta gracia de la transformación interior. Entonces nuestra subida al monte Tabor, no habrá sido inútil.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt